



**CARTA PASTORAL**

**EL AÑO DE ORACIÓN**

**POSDATA**

Hermano John Johnston, FSC  
Superior General

1º de enero de 1996

## EL AÑO DE ORACIÓN

### POSDATA

“La obligación que tenéis de instruir a los niños y de inculcarles el espíritu cristiano, debe urgiros a ser muy perseverantes en la oración, a fin de alcanzar las gracias que necesitáis para el digno desempeño del cargo, y para atraer sobre vosotros las luces que os ilustren en la tarea de formar a Jesucristo en el corazón de los niños que tenéis encomendados a vuestra solicitud, y comunicarles el «espíritu de Dios».

“Convenceos de que, para llenaros de Dios en la medida que exige el estado donde os colocó su Providencia, estáis en la obligación de conversar frecuentemente con Él”.

S.J.B. de La Salle, *Med.* 80.2  
Fiesta de San Nicolás

Queridos Hermanos:

“Cristo mismo es nuestra paz, que hizo de dos pueblos uno derribando el muro de separación, la enemistad... y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la Cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca.” *Efesios. 2:14-17.*

Con mi sincero agradecimiento por sus fraternales saludos, les ofrezco mis mejores deseos, junto con mi oración para que disfruten de la felicidad durante todo el año 1996 y de la paz y unión que Cristo, por medio de la cruz, nos trajo al mundo.

Pero rezo, Hermanos, no solamente para que reciban personalmente el precioso regalo de la paz, sino también para que individualmente y como comunidades, **SEAMOS** verdaderos apóstoles de la paz y unión, es decir, hombres que, activa y eficazmente, derribemos los muros de separación y promovamos una sincera comunión.

Como escribí a los Visitadores el mes anterior, la unidad puede ser un reto siempre que se reúnen dos o más personas – sean o no miembros de la misma familia, raza, casta, clan, tribu, grupo étnico, patrimonio, religión, opinión política, situación económica, o

hablen la misma lengua. No debe sorprendernos, por tanto, que el vivir juntos como Hermanos de diferentes antecedentes de tipo étnico, racial, nacional, cultural, y lingüístico pueda ser, y a menudo es, un reto. Pero es un reto que, con la ayuda del Señor que nos trajo la paz y la unión al mundo, debemos afrontar eficazmente.

## **Diversidad de culturas**

Hoy en día el carisma que el Espíritu Santo concedió a un joven sacerdote francés en el siglo XVII, lo viven hombres de cerca de ochenta nacionalidades distintas. Como comunidad internacional de hombres consagrados, damos señales de una extraordinaria complejidad de herencias culturales. En muchos de nuestros distritos, subdistritos, delegaciones y comunidades, se vive realmente una gran diversidad cultural.

Hermanos, estamos llamados no solamente a vivir juntos en mutuo respeto y armonía, sino también a ser una comunión de personas activa y eficazmente comprometidas a generar fraternidad.

Tenemos, por ejemplo, una “relación de trabajo” con unos 55.000 maestros laicos y sin contar padres, antiguos alumnos, bienhechores y jóvenes. Tenemos la maravillosa posibilidad, – y la responsabilidad – de transformar esta “relación de trabajo” en una auténtica comunión de personas comprometidas en edificar un mundo en el cual todos puedan vivir juntos en justicia y paz, sin tener en cuenta los

antecedentes étnicos, raciales, culturales, nacionales, religiosos, lingüísticos, políticos, y económicos. Tenemos la posibilidad de promover el crecimiento de una comunión internacional de personas dedicadas a la educación, la magnitud de la cual pocos cuerpos educacionales pueden igualar. Este es un potencial que hemos de reconocer, confesar y abrazar con humildad, agradecimiento, entusiasmo, creatividad y dedicación.

## **Amor universal**

Nuestras responsabilidades como cristianos – y más aún como cristianos que hacen pública profesión de su fe y se dedican totalmente a seguir a Cristo y sus enseñanzas – son claras. No hay ambigüedad en el mensaje evangélico que nos llama al amor universal. Aun así, la experiencia nos ha enseñado que una cosa es profesar el amor universal en abstracto, o sea, aceptar de forma teórica que como cristianos, estamos llamados a amar a todas las personas – y no solamente a los de nuestra familia, clan, tribu, cultura, etc. Pero es muy distinto amar a aquellas personas reales con quienes vivo, rezo, trabajo y me muevo. Como el dibujo cómico de “Charlie Brown” que apuntaba: “Yo no tengo problemas para amar a la raza humana, es a la gente a la que no puedo soportar”.

Además, el mensaje de Cristo va en contra de la “sabiduría convencional”, es decir, de las expectativas y objetivos generalmente aceptados. La descripción de Pablo VI de la condición

humana puede parecer un poco pesimista, pero es, según me parece, muy a menudo precisa.

“El corazón humano es ruin; es egoísta; tiene sitio para él mismo y para otros pocos de su propia familia o de su casta; y cuando se abre un poco, consigue amar a su patria y a su propia clase social, pero siempre busca fronteras y límites.... Un corazón católico quiere decir un corazón con dimensiones universales, un corazón magnánimo, un corazón capaz de abrazar el mundo entero” (cita en *Biblical Spirituality of the Heart*, Jan Bovenmars, pp. 186-187).

San Juan Bautista de La Salle, en su meditación para la Vigilia de la Natividad, escribe elocuentemente sobre esta faceta de la condición humana. Mientras centra su atención en las dificultades de José y María para encontrar alojamiento debido a su pobreza y clase social, uno puede dar a sus palabras una mayor y comprensiva interpretación:

“¿Cuánto tiempo hace que Jesús se presenta a vosotros, y llama a la puerta de vuestro corazón para establecer en él su morada, sin que hayáis querido recibirle? ¿Por qué? Porque no se presenta sino en la figura de pobre, de esclavo, de varón de dolores” (*Med.* 85.1).

Un ensayista en Estados Unidos escribió recientemente que Martin Lutero King era un líder efectivo para los blancos y negros en los Estados Unidos de América, porque fue capaz de asegurar a la “buena gente” de cada uno de los lados de la línea racial de separación,

que sus colegas de la otra zona existían, y que necesitaban ambos estrecharse en una estrategia de reconciliación. Hoy, sin embargo, en muchas áreas del mundo (incluyendo países en los que nuestro Instituto está presente), son los “malos” – los extremistas – de cada lado, los que proveen liderazgos negativos y están provocando odio y división.

El siguiente comentario de Afif Safieh, representante de los grupos Palestinos en la Santa Sede (y miembro del Board of Trustees of Bethlehem University) es muy pertinente:

“Creo que deberíamos enfrentar intolerancia con tolerancia y nuestro eslogan debería ser: «el único odio que nos es permitido es odiar el odio»”.

### **“Concedamos a nuestros niños un futuro de paz”**

Sí, Hermanos, ustedes y yo estamos llamados a ser *Apóstoles de la Paz y de la Unión*. El mensaje del Papa Juan Pablo II para el DÍA MUNDIAL DE LA PAZ tiene particular relieve para nosotros. ¡Demos a los niños un futuro de paz! El Papa llama la atención sobre los niños que son víctimas de conflictos armados y otros tipos de violencias físicas y sexuales, de los que viven en las calles, no saben leer, caen en problemas de drogas, están envueltos en actividades criminales, son obligados a servir como soldados y se les enseña a matar, de aquellos que sufren las consecuencias de hogares infelices, poco saludables y rotos.

En el Encuentro de Titulares de Instituciones Lasalianas de Educación Superior el último julio, recordé a los participantes que el 42º Capítulo General urgía iniciativas en la defensa de los derechos de los niños. Recomendé que nuestras instituciones superiores de educación considerasen qué iniciativas podían ser factibles. Pero la acción creativa debe ser emprendida en las Instituciones Lasalianas de todos los niveles. Estoy pensando, por ejemplo, en publicaciones, foros y seminarios para sensibilizar a los padres de nuestros alumnos y al público en general sobre las horribles situaciones que toleramos con pasiva complacencia. Es verdad que nosotros, a menudo, nos sentimos inermes frente a tales enfermedades sociales, pero me parece que en muchos países, si no en todos, la Familia Lasaliana unida y organizada podría contribuir positivamente a través del proceso político.

## **I. 1995: EL AÑO DE ORACIÓN**

Estas reflexiones sobre la paz y la unión, así como también sobre la defensa de los derechos de los niños, son muy apropiadas para el tema principal de esta carta. Fue para los niños desamparados que se fundó el Instituto. En la cita del interior de la cubierta, S.J.B. de La Salle declara que la preocupación por la salvación de los niños debería hacernos “asiduos a la oración” y dispuestos “a conversar frecuentemente con Dios”.

Ayudarnos a crecer en nuestra capacidad y compromiso “de conversar frecuentemente

con Dios” tal fue el propósito de los delegados del Capítulo General al señalar a 1995 “como año dedicado específicamente a la vida de oración del Hermano”. Estáis en mejor posición que yo para calibrar el impacto del “Año de Oración” en vuestra vida personal y en la vida de vuestro entorno en general.

Pero tengo la impresión de que los Hermanos valoraron y apreciaron la iniciativa del Capítulo General y en muchos sectores del Instituto se han elaborado publicaciones y ha habido encuentros de oración y retiros especiales durante los doce meses pasados. Algunos Hermanos descubrieron la riqueza del Capítulo de nuestra REGLA dedicado a la oración. Otros se sirvieron de las secciones sobre la oración del Catecismo de la Iglesia Católica.

A juzgar por los comentarios recibidos, puedo decir que los materiales preparados aquí en Roma han sido en general bien recibidos y empleados creativamente. Además, los miembros del Consejo General han estado muy ocupados respondiendo solicitudes para la animación de retiros sobre la oración.

### **....¿Y ahora?**

Creo que es justo y apropiado al terminar un año especial el hacernos esta pertinente pregunta: “¿y ahora?” ¿Cuál es nuestra comprensión de la oración en estos momentos? ¿Cuál es nuestra actitud hacia ella? ¿Hemos hecho un esfuerzo personal y comunitario para ser más fieles a la oración? ¿Fue el “Año de

Oración” el que nos ayudó a mejorar la calidad de nuestra oración personal y comunitaria?

Si es así, demos gracias a Dios. Si no, quizá no es probable que un “documento más” como éste dedicado al tema de la oración va a marcar la diferencia. Sin embargo, es mi deseo añadir una **POSTDATA** a lo que ya se ha dicho. Mencioné en mi carta de hace un año que había sido mi intención escribir una carta sobre la oración a principios del mencionado año. Sin embargo, como estimé muy apropiado compartir algo de mi experiencia en el sínodo de 1995, decidí dejar mi carta sobre la oración hasta el 1º de Enero de 1996.

No es fácil para mí escribir sobre la oración. Creo no tener una particular competencia teológica sobre el tema, y ciertamente no me considero el hombre de oración que debería ser o que quiero ser. Además, la oración es profundamente personal. Sinceramente, encuentro solamente verdaderamente útil un pequeño porcentaje de lo que leo sobre la oración. Supongo que su experiencia es similar. Haciendo caso omiso de eso, voy a compartir con ustedes algunos de mis propios pensamientos y convicciones con el deseo que les sean útiles como punto de partida para sus propias reflexiones personales.

## **Contexto cultural**

Dada la diversidad cultural del mundo La-saliano, no es posible proporcionar una descripción de tendencias culturales que sea válida en todas partes. Sin embargo, pienso que

es útil prestar atención a ciertas tendencias que están afectando a muchas partes del Instituto directa o indirectamente. Comentaristas de la escena cultural hablan de descristianización (obviamente en sectores históricamente cristianos), secularización, anticlericalismo, pérdida del sentido del misterio, indiferencia religiosa, consumismo, individualismo, narcisismo, relativismo moral....

Tenemos que reconocer que estas tendencias pueden tener y probablemente tienen profundas influencias en nuestra comprensión de la oración, en nuestras actitudes hacia ella, y el espacio que le damos en nuestra vida. No tengo intención de provocar una discusión sobre estas tendencias. Sin embargo, me gustaría compartir con ustedes algunas de las observaciones que Stephen Carter, un experto sobre la ley constitucional en los Estados Unidos, hace en un libro estimulante titulado **La Cultura del Descreído**.

## **Trivializar la religión**

Carter, un cristiano convencido, piensa que las leyes y la política de Estados Unidos, aunque no son directamente hostiles a la religión, tienden a trivializarla. La religión es tratada como una faceta sin importancia de la personalidad humana, algo que debería ser guardado “privadamente”, algo que puede ser fácilmente desechado. La convicción religiosa se presume ser irracional, arbitraria, no importante, y, por tanto, irrelevante. Se desea que la gente religiosa “ponga entre paréntesis” sus

convicciones religiosas del resto de su personalidad.

El firme mensaje de la sociedad es que cada vez que las exigencias de la religión de una persona entran en conflicto con lo que tiene que emprender, debe ignorar las demandas religiosas y actuar "racionalmente". Carter, sin embargo, insiste en que la fe y la razón no son contradictorias:

"Soy un cristiano que confía en el discernimiento de la voluntad de Dios como camino para el conocimiento moral y considera que este proceso no es menos racional que cualquiera de las formas secularizadas del razonamiento moral que dominan nuestros medios de comunicación y los intelectuales" (pp. 15-16).

Lo que ofende a muchos críticos de la religión es que la gente religiosa frecuentemente toma posiciones que difieren de las aprobadas por la política del gobierno. La implicación supone que los juicios morales seculares del Estado deberían guiar las prácticas de las diferentes religiones. El intento de marginar y aún excluir a la religión en debates públicos sobre temas importantes de tipo filosófico y moral ha tenido una respuesta firme por parte del Papa, como también de un número de conferencias de obispos e individualmente de líderes religiosos. Algunas de las intervenciones de estos líderes religiosos fueron discutibles. Pero, como Stephen Carter afirma, la capacidad de dar pasos independientes e incluso resistir a la política del Estado es una de

la mayores contribuciones que la religión puede hacer. Las religiones, sostiene, deberían ser comunidades autónomas de resistencia y fuentes independientes de significado.

Pero, naturalmente, la religión no está siempre excluida del debate público. Está algunas veces explícitamente incluida, más bien, con propósitos políticos. Se saca partido de la Religión, se la utiliza. Los políticos buscan en las Escrituras citas que expresan el sentido de que Dios está de su "parte". Demasiado a menudo sucede que lejos de buscar la voluntad de Dios para seguirla, el político "predicador" decide primero qué pasos desea seguir, luego busca pruebas de que Dios está de su parte. Es trivializar la religión al tratarla de esta manera.

Carter arguye que aunque los creyentes deben evitar una actitud de "infallibilismo" y deben respetar a quienes tienen diferentes posiciones, deberían ser fieles a sus convicciones.

## Los Hermanos en la oración

Está en el contexto cultural que predomina en nuestros propios países que nosotros los Hermanos de las Escuelas Cristianas estamos llamados a ser religiosos consagrados, esto es, hombres que verdaderamente creen en Jesucristo y expresan con su vida lo que creen. Jesucristo es para nosotros **Camino, Verdad, y Vida**. Creemos esto tan intensamente nosotros que libremente nos hemos consagrado totalmente a Dios con los votos religiosos. Vivimos esta consagración en comunión con

personas que han recibido una llamada similar. “Juntos y por asociación” servimos al Señor dedicándonos con ardiente celo a la educación humana y cristiana de la juventud, especialmente de los pobres.

Pero nuestra fe es más que una ideología: es una relación con Dios, una relación que se expresa y alimenta con la oración personal y comunitaria. Cuando rezamos, mandamos mensajes a todos con quienes estamos en comunicación de que nosotros **CREEMOS**. En culturas que manifiestan un cierto número de tendencias mencionadas anteriormente, particularmente cuantos trivializan las creencias religiosas, nuestra oración es contra-cultural. Para ser fiel a la oración se requiere fe profunda, esperanza, amor y ánimo.

## II. CÓMO COMPRENDER NOS A NOSOTROS MISMOS HOY

Nuestra identidad como Hermanos es la resultante de vivir íntegra y sinceramente nuestra consagración religiosa, nuestra misión y comunidad. En el proceso de interiorización de los valores que caracterizan nuestra vocación, nos **convertimos** en Hermanos de las Escuelas Cristianas, hombres que manifiestan de una forma intensa el espíritu de fe, de comunidad y celo. Tenemos que considerar nuestra vida de oración a la luz de la visión fundamental de la vocación de Hermanos.

Pero el entendernos a nosotros mismos como Hermanos, tan bien expresado por el

39º Capítulo General, tiene que ser interpretado y vivido en una Iglesia e Instituto que han cambiado notablemente en los treinta últimos años. De las 60.000 personas que llevan la misión Lasaliana hoy, solamente el 7% son Hermanos de las Escuelas Cristianas. Como el 42º Capítulo General afirmó con acierto:

“Guiada por el Espíritu, la Iglesia ha entrado en «la era del laicado» y de la «nueva evangelización». En esta nueva perspectiva, vemos nuestra misión compartida como un signo de los tiempos: lejos de ser una situación lamentable, **constituye parte integrante de nuestra vocación de religiosos laicales**. El Espíritu nos invita a una comprensión más rica y más profunda de lo que somos y de lo que estamos llamados a hacer” (*Circular 435*, p. 43) ... “debemos superar la actitud de considerarnos como los únicos agentes de la misión del Instituto” (p. 8).

Juan Pablo II señaló la participación de los laicos en el proceso de cambiar la vida en la Iglesia (*Redemptoris Missio*, 2). Verdaderamente ha cambiado nuestro Instituto. La mayor diferencia entre la *Regla* en prueba de 1967 y su versión final en 1986 es la introducción de la sección titulada “misión compartida”. Debemos acordarnos de los artículos 17 a 17d que para crear escuelas que sean verdaderamente Cristianas y Lasalianas, tenemos que fomentar un espíritu de colaboración entre todos los miembros de la comunidad educativa. Hemos afirmado claramente que ejercemos



nuestro apostolado dentro de una comunidad educativa, en la cual las funciones, incluyendo puestos de responsabilidad, son compartidos.

El centro de atención de estos artículos está en primer lugar en la relación entre una comunidad de Hermanos y la institución a la que se sirve. Es interesante señalar, sin embargo, que nuestra actual experiencia debe llevarnos a un amplio entendimiento de la “misión compartida”. Debemos reconocer cada vez más la necesidad de pensar no solamente en un colegio y comunidad educativa particular, sino también en la **red** de instituciones educativas y comunidades educativas, con o sin Hermanos, que constituyen la misión del Distrito.

Estas nuevas realidades nos obligan a considerar seriamente nuestra identidad particular y misión como individuos y como comunidades dentro de las comunidades educativas lasalianas. Pienso que los Hermanos – como tales y como comunidades – contribuyen hoy a la misión Lasaliana de tres maneras:

### 1. Servicio: lo que hacemos.

Cumpliendo nuestro ministerio, cualquiera sea nuestra tarea, realizamos nuestra misión en el Instituto. Participamos, por tanto, enseñando, ejerciendo distintos puestos en la dirección del colegio, en actividades escolares con alumnos, o desempeñando otras funciones dentro de nuestra misión (*Regla, 16*).

No hay, sin embargo, funciones **reservadas** para nosotros. Los seglares, hombres o mujeres, pueden hacer cuanto podemos hacer nosotros. La eficacia en un ministerio particular depende de la competencia general y no de ser miembro del Instituto.

¿A qué puestos del colegio debemos dar prioridad? Ya que el puesto de Director ofrece la posibilidad de ejercer un liderazgo influyente, personalmente estoy a favor de asignar a un Hermano como Director – pero solamente **SI** se dispone de un Hermano bien cualificado. Preferiría, sin embargo, que a otros Hermanos se les asigne la enseñanza, la catequesis, y actividades pastorales que les aseguren el contacto directo con la juventud, antes que puestos secundarios en la administración, en los que se encuentran con frecuencia “enterrados en despachos”. La gente joven nos presenta frecuentemente quejas durante las visitas de que raras veces tienen la oportunidad de comunicarse de manera personal con los Hermanos.

### 2. Testigos: lo que “damos a entender”

Estamos llamados a ser mensajeros de la verdad que libera a la juventud. Proclamamos la verdad no solamente por lo que decimos y hacemos, sino también por lo que somos. Como la *Declaración* dice con mucha fuerza,

“Por su vida y comportamiento, por el estilo de sus relaciones, por su competencia profesional y su valor humano, debe dar el Hermano testimonio de la realidad del

mundo que anuncia (38.4)... La Palabra de Dios no cae, así, de la altura, ni en forma abstracta, sobre individuos anónimos... Los jóvenes no encuentran a Dios que les llama por su nombre en los libros ni en las palabras, sino más bien en su catequista" (40.5).

Como personas y como comunidades, enviamos **mensajes** "non-stop". Todos aquellos con los que estamos en contacto, nuestros alumnos especialmente, están atentos a estos "mensajes". Los "leen" y los evalúan a la luz de la esperanza que ellos tienen en nosotros como Hermanos de las Escuelas Cristianas.

Realmente es verdad que nuestros compañeros seculares mandan "mensajes" también. Aquellos que viven auténticamente su vida de fe tienen una muy positiva influencia sobre la juventud. Nuestro testimonio, sin embargo, es diferente. Hemos hecho profesión pública de fe y nos hemos ofrecido totalmente al servicio de Dios. Cuando los jóvenes estiman con cariño, al "Hermano" entregado, cuando aprecian nuestra competencia profesional y cuando descubren que nosotros realmente creemos en Jesucristo – de tal manera que procuramos vivir de todo corazón como sus discípulos – les enviamos los **mensajes** que Dios quiere que enviemos.

### **3. Mediación: lo que el Espíritu Santo hace por nosotros.**

Nuestro Fundador nos dice que nuestra vocación es representar a Jesucristo como sus

embajadores y ministros. Nuestros alumnos deben reconocer a Jesús en nosotros y recibir nuestras enseñanzas como si de Él vinieran.

Por esta razón debemos darnos frecuentemente al Señor, seguros de que El nos usará como instrumentos de su divina acción en las vidas de aquellos que ha confiado a nuestros cuidados (*Med.* 195, 196).

Esta "mística" interpretación de nuestra vocación, Hermanos, es profunda. El papel de "mediación" no es ciertamente algo que podamos "ver" o "demostrar". Pero creemos que el Señor nos utiliza como canales de gracia para los jóvenes.

Como mediadores, necesitamos pedir insistentemente a Jesucristo que su Espíritu viva en nosotros, ya que Él nos ha escogido para realizar su obra. Necesitamos pedirle su gracia para ayudar a nuestros jóvenes a encontrar el significado y la felicidad de vivir su fe auténticamente.

"Si queréis salir airosos en vuestro ministerio, debéis, pues, aplicaros mucho a la oración, presentando de continuo en ella a Jesucristo las necesidades de los discípulos; y exponiendo las dificultades que os salgan al paso en su educación. Al ver Jesucristo que le miráis a El, en vuestro empleo, como a quien todo lo puede, y a vosotros, como instrumentos que han de moverse sólo por El, no dejará de concederos cuanto le pidáis" (*Med.* 196.1).

Aunque podamos distinguir las tres dimensiones de nuestra contribución a la misión Lasaliana hoy, no podrán ser separadas en el tiempo y en el espacio: las vivimos simultáneamente. Mientras ejercemos nuestro personal ministerio, enviamos mensajes como testigos y somos mediadores del Espíritu Santo.

Hermanos, es a la luz de lo que el 42º Capítulo General llamó “esta más profunda y más rica comprensión de lo que somos y de lo que estamos llamados a hacer” que debe ser reflejado en nuestra vida de oración. Pero antes de enfocarlo directamente a la oración, reflexionemos sobre lo que he llamado la dimensión “mística” de nuestra vocación: “representar” a Jesucristo, ser su “instrumento”, ejercer un papel de “mediación”.

### III. CRISTO VIVE EN MÍ

La Salle nos dice que nuestra vocación es “representar” a Jesucristo como sus embajadores y ministros. Según mi diccionario, el verbo “representar” significa: *hacer las veces de, hablar por, servir como ejemplo de...* Ya que el Fundador dice que nuestros alumnos deben reconocer a Jesucristo en nosotros y recibir nuestras instrucciones como si Él se las estuviera dando, pienso que podemos afirmar que nuestra vocación es “representar” a Jesucristo, es decir, hacer a Cristo presente de nuevo, hoy, en las vidas de los jóvenes confiados a nuestro cuidado. Esta mística dimensión de la vocación del Hermano es evidente en este profundo pasaje del Fundador en la

meditación para el Domingo de Ramos:

“Disponéos en este día a recibirle sin reservas como rey, entregándoos del todo a su dirección, y dejándole señorear sobre cada uno de vuestros impulsos interiores, de manera tan absoluta por su parte, y tan dependiente por la vuestra, que podáis decir con verdad: Ya no soy yo quien vivo; es Jesucristo quien vive en mí” (*Med.* 22.2).

La Salle se refiere a *Gal.* 2:20 unas seis veces en la *Explicación del Método de Oración* y al menos dos veces en sus meditaciones: “y ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí.” Creo que la comprensión y apreciación de esta cita es indispensable para entender y estimar la identidad y misión de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Pero la palabra “comprensión” no es la palabra adecuada. El mensaje de San Pablo no puede realmente ser comprendido. Debe ser aceptado en la fe. El siguiente comentario sobre *Gal.* 2:20 de Joseph Fitzmyer, SJ, no es fácil de entender, pero creo que merece que lo meditemos con atención:

“La perfección de la vida de un cristiano se expresa así; no es una existencia dominada solamente por una nueva motivación psicológica («vivir para Dios»).... Más bien, rehace de nuevo a los seres humanos, suministrándoles un nuevo principio de actividad al nivel ontológico de sus existencias. Da como resultado una simbiosis de los cristianos con Cristo, el Kyrios glorificado, que viene a ser desde la resurrección

«Espíritu vivificante»(1 Cor 15:45), principio vital de la actividad cristiana. **Vivo por la fe en el Hijo de Dios.** Esta es la profunda intuición de San Pablo en la experiencia cristiana: el cambio incluso físico de la vida humana por la trascendente influencia de Cristo que mora en él. Debe penetrar la conciencia psicológica de cada uno para que se dé cuenta a la luz de la fe, que la verdadera vida viene solamente de la redención y entrega del Hijo de Dios” (*The New Jerome Biblical Commentary*, p. 785).

Para permitir que Cristo reine totalmente en nuestras vidas, como el Fundador afirma y podamos afirmar que no somos nosotros quienes vivimos, sino que es Cristo quien vive en nosotros, nos exige a cada uno “vivir crucificado”, que quiere decir, “vivir con nuestros brazos abiertos” en actitud de **SI** a todo lo que Dios me pida. Cuando vivimos crucificados con Jesucristo, el Padre nos eleva como hizo con su Hijo y nos llena de su Espíritu. Nosotros entonces, como dice F.X. Durrwell, nos convertimos en fuentes de agua viva para aquellos que se confían a nuestros cuidados. Somos capaces, por tanto, de vivir nuestra vocación como “mediadores” del Espíritu Santo.

Permitir a Cristo que reine totalmente en nuestra vida es aceptarle sin reservas. Es vivir una relación personal con Cristo que es para nosotros el **CAMINO**, revelándonos con su vida y enseñanza todo lo que al ser humano se refiere; Cristo que es para nosotros la **VERDAD**, diciéndonos con su vida y su doctrina quién es Dios y lo que es para nosotros; Cristo

que es para nosotros la **VIDA**, llenándonos de su Espíritu, permitiéndonos vivir como hijos de su Padre, como sus hermanos, y como canales del Espíritu para aquellos que Él confía a nuestros cuidados.

Nuestra vida de fe, entonces, Hermanos, es una vida de relación de amor con el Padre, con Cristo, con el Espíritu Santo. La Trinidad a la que nos hemos consagrado totalmente es el Padre amoroso que nos ama y nos ha llamado a vivir el don de la fe como Hermanos de las Escuelas Cristianas; es el Hijo que nos pide hacer de su amor y salvadora presencia una viva y efectiva realidad en el mundo de la juventud; es el Espíritu que ilumina, guía, y nos da fuerza.

Resumiendo, vivir nuestra fe es “caminar con el Señor”, es decir “vivir en amistad con El”:

“Fueron todos los días de la vida de Enoc trescientos sesenta y cinco años, y anduvo constantemente en la presencia de Dios, y desapareció, pues se lo llevó Dios” (*Gen.* 5:23-24).

## **Evangelio de Mateo, Capítulo 25**

Creo es útil reflexionar sobre estas nociones de “inhabitación” y “mediación” a la luz de Mateo 25. En el relato del día del juicio, el Señor divide a la gente de la tierra en dos grupos. Uno, al que da la bienvenida, formado por personas que respondieron a sus necesidades cuando Él tuvo hambre, sed, estuvo

desamparado, desnudo, enfermo y en la cárcel. La respuesta de estas personas es una reacción de sorpresa: Señor, ¿cuándo te auxiliamos? Él les dirá: En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis. Al otro grupo le rechaza el Señor porque no habían atendido a las personas con necesidades. ¿Pero cuándo....? preguntaron ellos. “Cuando dejasteis de hacerlo con uno de estos pequeños, conmigo dejasteis de hacerlo”.

Los llamados a disfrutar del reino – en vez de soportar el fuego eterno – son aquellos que compasiva y efectivamente responden a las necesidades de los hambrientos y sedientos, de los emigrantes y sin vivienda, de los enfermos, de los encarcelados.... Son los que reaccionan con amor ante las personas que encuentran a lo largo del camino – como hizo el Buen Samaritano. No son conscientes de que están sirviendo a Cristo. Sin embargo, Cristo les dice a todos cuantos sufren que son sus hermanos y hermanas. Los servicios a ellos prestados los considera como servicios prestados a Él. De la misma manera, Él interpreta la falta de respuesta, como pecados contra su propia persona.

En esta parábola Cristo nos aclara algo muy importante: Él está místicamente unido con cada uno. Cuando asistimos a las necesidades de nuestro prójimo, estamos asistiendo al mismo Cristo. De ningún modo, sin embargo, es ese prójimo simplemente “un cobijo” dentro del cual el Señor habita. Para “hacerlo a mí” no es cuestión de penetrar en ese “co-

bijo” con el fin de amar a Cristo que está dentro. No, se trata de amar al prójimo como es. Cuando amamos a las personas individualmente, compasivamente, efectivamente – el Señor lo acepta como hecho a Él: estaba hambriento, estaba sin casa, me estaba muriendo de SIDA... y tú respondiste o no respondiste.

Cuando meditamos en esta fascinante parábola, somos más conscientes de la forma mística en la que Cristo está unido a la persona humana. Creo que hay algo más que aprender de esta historia: si Cristo está presente en los otros – sin que ellos pierdan de ninguna manera su específica individualidad y personalidad – entonces Él está presente en nosotros de la misma manera.

Sí, Cristo está tan íntimamente presente en nosotros que Pablo puede exclamar: “Ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí.” Pero lo mismo que Cristo está presente místicamente en los hambrientos y en los sin hogar sin perder de ninguna manera su singularidad como personas humanas, de la misma manera Él está presente en Pablo. Pablo busca a tientas palabras para explicar lo inexplicable. Él dice que ya no vive, pero de hecho sigue viviendo. Cristo está en efecto unido a Pablo. Pero de ninguna forma pierde su especificidad como persona humana. Comentando sobre *Gal. 2:20*, William Johnston, SJ, dice:

“Pablo permaneció Pablo y sin embargo no era su vida sino la vida de Jesús la que vibraba dentro de él ... aun llegando a ser

Cristo permanecemos nosotros mismos. En efecto, nosotros llegamos a ser auténticamente nosotros mismos. Hemos topado con una gran paradoja del misticismo cristiano: Vengo a ser otro mientras permanezco yo mismo. Teilhard lo expresa bien cuando dice que la unión diferencia. Cuando somos uno con los demás somos más nosotros mismos. A este respecto la unión difiere de la absorción dentro de la cual uno mismo se pierde en el otro" (*Letters to Contemplatives*, pp. 71, 91).

Pablo, por lo tanto, es siempre Pablo. Cuando él vive tan auténticamente como puede, Cristo vive en él. El no es una especie de "receptáculo" en el cual vive Cristo. Por el contrario: él vive plenamente, y por el mero hecho de vivir, sirve como ministro de Cristo, embajador, colaborador, instrumento.

La Salle, dice que, como Pablo, estamos llamados a ser instrumentos de Cristo. Dios quiere que "representemos" a Cristo: hacer presente al Buen Pastor hoy entre la gente joven. En la medida que nos esforzamos por ser las personas que Dios quiere que seamos, vivimos esta vocación privilegiada.

## Siervos fieles

Reflexionemos ahora sobre la parábola del capítulo 25 de S. Mateo, que inmediatamente precede a la del último juicio. Es la historia del propietario que antes de irse de viaje confía a cada uno de sus tres siervos el cuidado de una suma de dinero según sus capacidades. Los

dos primeros duplicaron con éxito la inversión. Pero el tercero, temiendo perder lo que se le había confiado, lo esconde en vez de invertirlo. Aunque devuelve al propietario la suma que le había entregado, no quedó satisfecho el propietario. Este arroja a las tinieblas al "siervo infiel".

Es interesante meditar sobre estas dos parábolas yuxtaponiéndolas. Cristo ha dejado este mundo "como quien va de viaje": pasando de la muerte a la vida. Somos sus servidores. Específicamente somos Hermanos de las Escuelas Cristianas, encargados de la misión de educación humana y cristiana. Como el propietario esperaba que sus siervos se dedicaran a sus deberes con competencia, creatividad, y eficacia, así Cristo espera que nosotros nos demos de todo corazón en todos los campos de nuestra vocación. Como los servidores "reemplazaron" al propietario, así nosotros "reemplazamos" a Cristo. Nosotros le "representamos". Nosotros somos sus instrumentos, no esperando pasivamente a que el Señor trabaje por nosotros, sino entregándonos sin reserva a cuanto creemos es su voluntad.

Pienso que es útil esta manera de comprender la "inhabitación" de la Trinidad. Hemos de esforzarnos por ser "buenos y fieles servidores", es decir, personas como Dios nos quiere. Cuando intentamos hacer lo mejor que podemos, cada uno de nosotros puede con confianza usar el lenguaje de Pablo: "No soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí." Podemos estar seguros que el Señor está místicamente unido a nosotros y que cuando

vivimos nuestra vocación conscientemente, somos fuente de gracia, por el poder del Espíritu que se nos ha dado, para con aquellos que Dios confía a nuestro cuidado.

Al mismo tiempo, tenemos que estar convencidos de que para **SER** las personas que Dios quiere que seamos, debemos ser hombres de oración.

## IV. ORACIÓN

### 1. En nuestra Vida como Hermanos

La profunda convicción de La Salle de que los Hermanos deben ser hombres de oración fue el motivo de su insistencia sobre el puesto central que tiene la oración en nuestra vida diaria. En su meditación para la Vigilia de la Natividad de Jesucristo nos urge a que

“dispongamos de tal modo el corazón a recibirle, que gustoso establezca dentro de él su residencia.... Con este fin ha bajado a la tierra y quiere venir a nuestro corazón el Hijo de Dios: con el fin de hacernos partícipes de su naturaleza y trocarnos en hombres celestiales.” (*Med.* 85.3).

Esta afirmación está en línea con nuestra meditación sobre *Gálatas* 2:20. Además, dice el Fundador, tenemos que “esforzarnos en alejar de nuestros corazones” todo cuanto es incompatible con la “participación de la divina naturaleza” (*2 Pedro* 1:4). Para alcanzar esta liberación y crecer en unión con Jesucristo en lo muy céntrico de nuestro ser, nos dirigimos con confianza al Espíritu Santo de quien

“hemos recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba! ¡Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios,... el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza. Pues nosotros no sabemos pedir como conviene; mas el Espíritu mismo intercede por nosotros” (*Rom:* 8:15-16, 26).

Convencidos de la sublimidad de nuestra llamada, hemos afirmado en nuestra nueva *Regla* que la oración es un don de Dios al cual damos cabida en todas las circunstancias de nuestra vida, respondiendo con la alabanza, acción de gracias, intercesión y arrepentimiento (*Regla*, 65).

“De ordinario los Hermanos ofrecen a Dios, por lo menos, dos horas diarias entre oración mental, Eucaristía, oración comunitaria, lectura espiritual y oración personal” (*Regla*, 73).

Es mi propósito ofrecer un cierto número de reflexiones sobre algunos aspectos de la “oración mental, la Eucaristía, la oración comunitaria, la lectura espiritual, y la oración personal”. Pero no es mi propósito intentar un sistemático o comprensivo tratado sobre la oración del Hermano.

### El significado de la oración

En mi carta pastoral de 1990, definí la oración como un período en el tiempo y en el espacio “de una intensa toma de conciencia” en la fe, de la amorosa presencia del Señor y

de nuestra presencia ante El. Esta es una definición o descripción que leí en una revista teológica hace unos 25 años. La encuentro todavía útil, aunque puede ser mejorada.

Oración es un período o “momento” que puede ser situado en el tiempo y en el espacio. Estoy haciendo una clara distinción entre la “oración” y la “vida de fe” – y aún entre la “oración” y la noción de Pablo de “orar sin cesar”. La “vida de fe”, en cierta manera, es la relación que gozamos con Dios en todo momento. “Oración”, por otra parte, se refiere a momentos específicos “de una intensa toma de conciencia” de esta relación, durante la cual expresamos alabanzas, acciones de gracias, arrepentimiento y peticiones, momentos que a su vez alimentan la relación de amistad.

Una analogía puede ser útil. Personas enamoradas – una feliz pareja de casados, por ejemplo – son en cierta manera “conscientes” uno del otro aun cuando están separados. Ellos no son verdaderamente conscientes uno del otro, pero su relación de amistad es tal que conforman su visión, sus pareceres, sus decisiones, y sus acciones en todo momento. Pero los momentos periódicos de “consciencia intensa” – que pueden adoptar muchas formas – son indispensables. Estas son experiencias que expresan y alimentan la relación de amor.

Las analogías por su misma naturaleza son más bien diferentes que semejantes. Sin embargo, el ejemplo puede ayudar. La oración es esencialmente estar con Dios en una relación

de amistad. Pero estar con Dios supone más de lo que las palabras “toma de conciencia” expresan. Estar con Dios implica **atención** e **intención**.

## 2. Atención

### “Acordémonos....”

Todos los que somos antiguos alumnos de las escuelas de La Salle aprendimos en edad precoz la fórmula: “Acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios”. Pero todos nosotros hemos conocido y apreciado desde los tempranos años de nuestra formación inicial el lugar central y fundamental que la presencia de Dios goza en la espiritualidad lasaliana.

Esta tradicional expresión es una invitación a recordar que estamos literalmente, y en cualquier momento dado, en la presencia de Dios. Dios, naturalmente, está siempre presente. Nosotros algunas veces oímos a los muy bien intencionados encargados de animar la oración invitar a “ponernos” en la presencia de Dios – ¡como si nosotros tuviéramos la opción!

“Vivir en la presencia de Dios debe ser tan natural para un cristiano como respirar el aire que le rodea.... La vida de oración es sencillamente ser consciente de que Dios está presente para nosotros y nosotros presentes para El”. (Abhishiktananda, *Prayer*, pp. 3, 5)



Esta toma de conciencia en la fe de la presencia de Dios es de fundamental importancia. Oración – oración mental, oración comunitaria, Eucaristía, o cualquier otra forma de oración – tienen significado solamente si son una expresión de relación amistosa con Dios. Es por lo que en los comentarios que siguen volveremos muchas veces sobre la importancia de la frecuencia y explícita **atención** a la presencia de Dios.

### 3. Intención

#### Pureza de corazón

Muchas veces en estos años he hecho referencia al concepto de pureza de corazón de Soren Kierkegaard: **querer una sola cosa**. El siguiente pasaje del Deuteronomio es una expresión magnífica de exclusiva devoción a Yahvé, de “querer una sola cosa”, a saber lo que Yahvé quiere.

“Escucha, Israel: Yahvé es nuestro Dios, sólo Yahvé. Amarás a Yhavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza. Queden gravadas en tu corazón estas palabras que yo te mando hoy. Se las repetirás a tus hijos, se las dirás tanto si estás en casa como si vas de viaje, cuando te acuestes y te levantes; las atarás a tu mano como una señal, como un recordatorio ante tus ojos; las escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas” (Dt. 6:5).

Israel está llamado a amar a Yahvé totalmente. Se pide un compromiso que penetra y

configura toda la vida de los Israelitas. Es inadmisibles una mentalidad de doble juego, es decir, de querer dos cosas; el intentar, por ejemplo, amar a Dios y a Mammon. Me estoy acordando de los ricos, de los autosuficientes y complacientes cristianos de Laodicea a quienes se les dice que a pesar de las apariencias, ellos son miserables, dignos de compasión, pobres, ciegos, y desnudos:

“Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca” (Apoc. 3:15-17).

Vivimos con pureza de corazón cuando vivimos crucificados, lo que quiere decir, con nuestros brazos abiertos en unión con Cristo, en una actitud de total sumisión a la voluntad de Dios. Pureza de corazón es manifestar nuestra determinación para hacer lo que creemos ser la voluntad de Dios, evitar lo que vemos es contrario a su voluntad, y aceptar la vida tal como se desarrolla ante nosotros, incluyendo los inesperados y a veces penosos acontecimientos que invaden “el limpio y pequeño mundo que queremos construir para nosotros mismos.” (Robert Johann). Como nuestra *Regla* declara:

“Por la fe, el Hermano encara su existencia como una sucesión de llamadas de Dios y de respuestas por su parte ... se invita a todo Hermano a abrirse a la presencia cotidiana del Dios vivo, tal como la descubre y la vive en su misión, en su consagración y en su comunidad”. (*Regla* 100).

## Pecadores en la oración

He encontrado siempre un consuelo en la experiencia de Pablo en sus debilidades y en su buena voluntad de ser sincero consigo:

“porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco.” (*Rom. 7:15*).

Muchos de nosotros, creo, encontramos difícil ser sinceros con nosotros mismos. Estamos inclinados a “racionalizar” o “disculpar” nuestras faltas. Vivimos en una época de extraordinario relativismo moral. Cuando no nos gustan ciertas prohibiciones, podemos, si así lo vemos, encontrar una manera de decir que estas prohibiciones no tienen “ya sentido” y por tanto dejaron de ser prohibiciones. Este fenómeno tiene quizás algunas características nuevas hoy, pero no parece que esta tendencia sea nueva. Está reconocido en la primera carta de Juan: “Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros” (*1 Juan 1:8*).

Gilbert Keith Chesterton dice en algún lugar que la Iglesia Católica no es una comunidad de santos, sino de pecadores siempre necesitando y siempre recibiendo el perdón de Dios. Pienso que según vamos creciendo en años, encontramos más fácil admitir la existencia del mal en nuestra vida. Hace algunos años oí esta cita al escritor David Knight, “Cuando fui joven recé para alcanzar la perfección ; ahora que voy para mayor rezo para pedir clemencia”.

“Apiádate de mí, ¡oh Dios!, según tu benignidad. Por vuestra gran misericordia borra mi iniquidad. Lávame enteramente de mi iniquidad y límpiame de mi pecado, pues reconozco mi transgresión, y mi pecado está siempre delante de mí” (*Sal. 50:3-5*).

Como muchos de ustedes, aprendí de novicio a rezar cada mañana en la *Imitación de Cristo*: “Señor, cuanto hice en el pasado no es nada; dame la gracia para empezar de nuevo”.

## Inshallah

Hace un año más o menos leí la fascinante y desafiante novela *Inshallah*, de Oriana Fallaci, basada en los acontecimientos del Líbano en 1983. A lo largo del libro un joven soldado italiano hace grandes esfuerzos para entender el significado de **Inshallah**. Se le dice que la vida no es un problema para solucionar, sino un misterio para vivir. Y para vivir este misterio hay una fórmula:

“Todo consiste en una palabra. Una simple palabra que aquí pronunciamos con cualquier pretexto, una palabra que no promete nada, que explica todo, y que presta ayuda en todos los casos: **Inshallah**: ¡lo que Dios quiere! **Inshallah!**” (p. 738).

El joven italiano rechaza este concepto porque lo considera pasivo y le rebaja. Pero la familiaridad con la gente del Líbano y la experiencia de posteriores acontecimientos le enseñan pronto que **Inshallah**, lejos de expresar

resignación e impotencia, significa entusiasmo y determinación para vivir (774).

Hermanos, estas tres disposiciones – pureza de corazón, aceptación de nuestra inclinación al pecado y arrepentimiento, Inshallah – no son otra cosa que intentos para descubrir una fórmula para vivir el misterio que la vida ciertamente es. Separadamente y juntas, nos invitan a reavivar cada día nuestra determinación de seguir a Cristo sin reservas y prestar atención al consejo de Isaías:

“Fortaleced las manos desfallecidas y afianzad las rodillas vacilantes. Decid a los apocados de corazón: ¡Valor! No temáis, he ahí nuestro Dios ... viene El mismo y os salva” (Is. 35:3-4).

Es en esta disposición que tenemos que encontrarnos con Dios. Convencidos que viene a salvarnos, nosotros nos abrimos sin reservas a su acción en nuestras vidas.

## “Intención”

Pero quiero proponeros otro significado, más restrictivo, para la palabra “intención”. El retirado Abad Cisterciense Thomas Keating sostiene que en la forma de oración que él llama oración de “centering”, la **atención**, entendida como una general y amorosa toma de conciencia de la Presencia de Dios, es de importancia secundaria. Lo que es más importante es la **intención**, un ejercicio de la voluntad por la cual nosotros consentimos la presencia de Dios y su acción durante la oración.

Este consentimiento implica que estamos dispuestos a cambiar cuanto debe ser cambiado en nuestra vida. Lo que implica no solamente un estar dispuesto sino un deseo de “ser completamente transformado por la luz y plenitud de la gracia, y por la posesión del Santo Espíritu de Dios” (*Med.* 152.2).

“Mientras nuestra **intención** permanece pura – para servir, escuchar, esperar, entregarse a Dios – entonces los pensamientos de cualquier clase no suponen diferencia. No afectan a la pureza de nuestra oración” (*Intimacy with God*, pp. 57s).

Aun cuando el Abad Keating escribe de una específica forma de oración mental, creo que lo que dice es válido para todos los tipos de oración. Lo esencial es llevar a la oración mental, a la oración comunitaria, a la Eucaristía, y a cualquier otra forma de oración estas dos disposiciones: **atención** e **intención**.

## Actos de fe y de adoración

Creo que S. Juan Bautista de La Salle estaría plenamente de acuerdo con esta afirmación. Nuestro Fundador mantiene que “la primera cosa que hemos de hacer en la oración mental es penetrarnos interiormente de la presencia de Dios” (*Colección*, p. 7). Para ello propone que los Hermanos se pongan en la presencia de Dios con la ayuda de un pasaje de la Escritura y a continuación utilizando el esquema de los nueve “actos” entren en conversación con el Señor. La Salle reconoce que hacer todos los actos podría no ser factible o

deseable y sugiere varios caminos para com-  
pendiarlos. Uno de ellos es “hacer únicamente  
el acto de fe en la presencia de Dios y el acto  
de adoración” (*Explicación del Método de Ora-  
ción*, BAC, tomo II, p. 275).

Mi sugerencia, Hermanos, es que cultive-  
mos la costumbre de hacer estos dos actos  
antes de **cualquier** forma de oración. De esta  
manera recordamos que estamos en la pre-  
sencia de Dios y afirmamos nuestra fe en esa  
presencia. Adoramos a Dios, que significa  
expresar nuestra intención de “querer una sola  
cosa”, vivir para Dios sin reserva alguna. Con-  
scientes de nuestra inclinación al mal y de  
nuestra disposición a cambiar, junto con nues-  
tra gratitud por la amorosa misericordia de  
Dios, expresamos nuestro deseo de su acción  
transformadora en nosotros durante ese par-  
ticular momento de la oración o de la Eucaristía.

#### 4. *Sagrada Escritura*

##### Tradición del Instituto

“Los Hermanos de esta Sociedad tendrán  
profundísimo respeto a la *Sagrada Escritura*;  
y para manifestarlo, llevarán siempre  
consigo el Nuevo Testamento, y no pasa-  
rán día alguno sin leer algo en él, por sen-  
timiento de fe, respeto, y veneración a las  
divinas palabras que contiene, considerán-  
dolo como su primera y principal regla”  
(*Regla de 1718*).

Aquellos de nosotros de la “época” del pre-  
39º Capítulo General recuerdan haber llevado

el Nuevo Testamento en los bolsillos de la  
sotana y haber hecho de rodillas la lectura en  
la sala común, inmediatamente antes de la  
acusación de las faltas y la lectura espiritual.  
Recordamos haber aprendido de memoria los  
pasajes recomendados en la Colección, así  
como también libros enteros de la Biblia. Ade-  
más, de acuerdo con el método del Fundador,  
estábamos entrenados a hacer amplio uso de  
la Escritura en la oración mental.

Todas estas prácticas tradicionales del Ins-  
tituto manifestaban la profunda convicción de  
S.J. Bautista de la Salle de que las Escrituras  
deben **ser devoradas** por los siervos de Dios,  
de forma que “ellos puedan posteriormente  
ser capaces de comunicar y exponer sus se-  
cretos a quienes tienen que instruir” (*Med.*  
170).

#### El Instituto Hoy

Nuestra *Regla* hoy dice que los Hermanos  
tienen “un profundísimo respeto a la Sa-  
grada Escritura” de la que “se nutren con-  
tinuamente” para estudiar, meditar, y com-  
partir sus riquezas. “Merced al estudio de  
las ciencias bíblicas y teológicas, los Her-  
manos alimentan y fortalecen su fe.” (*Re-  
gla*, 6).

Las práctica tradicional de llevar el Nuevo  
Testamento todo el tiempo y leerlo en comu-  
nidad de rodillas no se practica generalmente  
hoy. Sin embargo, muchos Hermanos conce-  
den a la Biblia un lugar de honor en sus habi-  
taciones y dedican tiempo cada noche para su

lectura de seguido o para leer los textos litúrgicos del día siguiente. Meditando un texto específico de la Escritura, ellos se interrogan a sí mismos: 1) lo que dice literalmente; 2) qué mensaje intenta el autor comunicar a sus lectores; 3) qué significado tiene para nosotros el texto hoy. Algunos Hermanos señalan un particular texto para su meditación de la mañana siguiente. Todas estas prácticas son maneras de participar en la clásica tradición de la *lectio divina*: leyendo, meditando, rezando, contemplando la Palabra de Dios.

Creo que necesitamos evaluar el lugar que las Escrituras tienen en nuestras actividades diarias y semanales. Además, debemos examinarnos sobre los esfuerzos que hacemos para que crezca nuestra comprensión de la Biblia leyendo y participando en conferencias, sesiones, y cursos.

## Lectura Espiritual

*La Regla* habla de la lectura espiritual como una prolongación de la relación establecida con el Señor como resultado de la meditación sobre la Biblia. De acuerdo con esto, los Hermanos

“Distribuyen sus ocupaciones de manera que puedan consagrar a la lectura espiritual el tiempo necesario para ahondar en la fe. El proyecto personal tiene esto en cuenta” (*Regla*, 67a).

Algunos de nosotros tenemos que admitir que somos más bien descuidados en lo que

respecta a la lectura espiritual. Nuestro problema no es la mala voluntad, sino la falta de disciplina y organización personal. Nuestra negligencia es claro ejemplo de cómo frecuentemente sacrificamos lo importante por lo urgente. Muchos de nosotros organizamos nuestras semanas con la ayuda del diario o de la agenda. Necesitamos situar la lectura espiritual directamente dentro del ciclo de actividades semanales – y luego ser lo suficientemente disciplinados para mantenernos fieles a lo que hemos programado. Vale la pena mencionar que algunas comunidades eligen ciertas horas durante la semana como tiempos “sosegados”, durante los cuales los Hermanos pueden hacer la lectura espiritual con el apoyo de la comunidad.

También conviene que aseguremos en el presupuesto comunitario fondos para la compra periódica de libros bien escogidos.

## 5. Oración personal

“Los Hermanos jalonan su día con momentos de oración personal, conscientes de que la oración robustece su voluntad de servir y purifica la calidad de su acción apostólica” (*Regla*, 68b).

La expresión “oración personal” la repite varias veces la *Regla*, pero su significado no es siempre claro. En el artículo 73, que da una lista de las formas de oración a las que los Hermanos deben ser fieles, la palabra “oración” – que traduzco como “oración mental” –

se distingue claramente de oración personal de "oración comunitaria". "Oración personal" parece usarse de la misma manera en el artículo 68b, citado anteriormente. Pero en el artículo 72, a la "oración personal" se le da una interpretación más amplia e incluye la "oración mental".

"Cada Hermano es el primer responsable de su oración personal. Todos y cada uno son solidariamente responsables de la oración comunitaria."

He titulado esta sección de la carta pastoral como **Oración Personal**. Va a quedar reflejada en dos formas de oración personal: "momentos de recogimiento" y "oración mental".

## 5.1 Momentos de Recogimiento

"Los Hermanos favorecen esta unión con el recuerdo frecuente de la presencia de Dios, la mira de fe sobre los acontecimientos, extremada pureza de intención en su empleo y en sus relaciones, y mediante ratos de silencio y de más intenso recogimiento" (*Regla*, 68).

Es esencial que periódicamente en nuestros ocupados días, como religiosos apóstoles, reservemos "momentos de recolección", momentos de **atención e intención**. Durante estos momentos recordamos la presencia del Señor que nos ama y nos ha llamado a su servicio. Renovamos nuestra intención para "querer una sola cosa", esto es, la voluntad de Dios en lo que nos concierne.

Los "veteranos" entre nosotros estarán recordando la hermosa tradición de arrodillarse para hacer un corto "acto de adoración" al entrar en la sala común, en nuestra clase, y en nuestra habitación. Tampoco hemos olvidado las oraciones de las horas y las medias horas en las clases, durante las cuales, junto con nuestros alumnos, reorientábamos nuestras vidas hacia Dios. Más aún, se nos animaba a hacer visitas breves a la capilla de cuando en cuando, especialmente antes de salir y entrar en casa.

Hermanos, sea que utilicemos prácticas del pasado o adoptemos otras nuevas, necesitamos "momentos de recolección". Muchos Hermanos hoy tienen sencillas pero eficaces formas para recogerse en oración. Algunos desgranar sus cuentas del rosario en preces a María mientras pasean o en otros momentos oportunos. Otros se sirven de citas de la Sagrada Escritura seleccionadas por ellos y hacen uso de las mismas periódicamente. Otros usan una "palabra», el mantra, que repiten de tiempo en tiempo en ayuda a su **atención e intención** – en la capilla, en sus habitaciones, mientras pasean....

Creo que tenemos que desarrollar iniciativas o hábitos personales de "momentos de recogimiento". La *Regla* es muy sabia al recordarnos que

"A lo largo de las tareas que llenan su jornada, los Hermanos se esfuerzan por mantenerse unidos a Dios, que los envía" (*Regla*, 68).

## 5.2 Oración Mental

“Los Hermanos de este Instituto deben amar mucho el santo ejercicio de la oración mental y deben considerarlo como el primero y principal de sus ejercicios diarios y el que mejor puede atraer la bendición sobre todos los demás” (*Regla de 1718*).

La “oración mental” difiere de los “momentos de recogimiento” en primer lugar por su duración. Es un período de al menos veinte a treinta minutos de “intensa toma de conciencia” de la amable presencia del Señor y de nuestra presencia ante Él, durante la cual nos abrimos a la acción transformadora de Dios.

El mundo de habla inglesa ha sido bendecido en estos meses con la publicación de una nueva traducción de la *Explicación del Método de Oración*, y con la traducción de los excelentes comentarios de los Hermanos Miguel Campos y Michel Sauvage.

En su tratado sobre la oración mental, el Fundador dice que la oración debe tener lugar en lo “profundo del alma” (fond de l’âme), es decir, en la parte más íntima. Otros escritores, tanto del pasado como del presente, hablan de las “profundidades” como del “corazón” o del “centro”. Evidentemente estamos buscando palabras para expresar lo que es inexplicable: el profundo misterio comunicado en *Gálatas 2:20*, con el cual nos hemos enfrentado: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí”.

En la oración mental nos esforzamos, en la fe, por estar en contacto con Cristo como cen-

tro de nuestro ser. La “principal ocupación del alma”, dice el Fundador, es “llenarse de Dios y unirse interiormente con Él” (*BAC, Explicación del Método de Oración*, p. 193). Una forma más personal de expresar este pensamiento sería decir que la principal actividad en la oración consiste en expresar y nutrir nuestra relación con el Señor en lo íntimo de nuestro ser.

El corazón del método del Fundador es “la conversación” con Dios. Él nos advierte frecuentemente de no convertir la oración en un ejercicio intelectual. Debido a esto propone numerosos “actos”. Su convicción es clara: hacer oración mental es en primer lugar comunicarse con Dios en lugar de sólo reflexionar sobre Él.

Podemos conversar con Dios, según el método de La Salle, con muchas palabras, con pocas palabras, o sin palabras. Creo que la manera como nos relacionamos con nuestros seres queridos puede ayudarnos a entender la oración. En ciertos momentos tenemos la necesidad y el deseo de hablar largamente, y hay todavía otros momentos cuando estamos perfectamente satisfechos de “estar con” quienes amamos.

La mayoría de nosotros fuimos entrenados en nuestra formación inicial para rezar con lo que el Fundador llama “reflexiones numerosas” y numerosos “actos”. Algunos de nosotros estamos inclinados, incorrectamente, a identificar el método de oración del Fundador con estas numerosas reflexiones y los veintiún

actos. Pero el Fundador es claro en su afirmación que “al que desde largo tiempo se ha dado al ejercicio de la oración” puede y debe con muchas menos reflexiones y muchas menos palabras y aún sin palabras, simplemente “estar delante de Dios por medio de una simple mirada interior de fe de su divina presencia” (BAC, *Explicación del Método de Oración*, p. 212). Otros escritores espirituales le han dado diferentes nombres, tales como, oración de quietud, oración del corazón y oración de “centering”.

“Esta simple atención ocupa de tal manera el espíritu (**atención**) y penetra tan enteramente el corazón, (**intención**) que no sólo no necesita el **entendimiento** otro pensamiento, ni el **corazón** se mueve a otro afecto que al de Dios” (BAC, *Explicación del Método de Oración*, p. 214).

“En esta disposición se mantendrá más o menos tiempo, según que se sienta atraído o encuentre gusto en ello; cuidando de no interrumpirla para producir actos particulares de esas diferentes disposiciones interiores, pues no es necesario distinguirlas separadamente, porque pueden concebirse con una concepción espiritual simple e implícita, esto es, no explicada, ni distinguida o separada actualmente por actos formales; con tal que la disposición sea viva y ardiente, pudiéndose alimentar y fomentar por medio de algunas palabras afectuosas, pronunciadas de vez en cuando, con más o menos frecuencia, según

sea necesario, o conforme se sienta inclinado a la práctica de las virtudes como arriba se ha dicho” (BAC, *Explicación del Método de Oración*, p. 241).

Los que son partidarios de lo que se llama oración de “centering” dan un consejo similar, recomendando la repetición periódica de una “**palabra oración**” para expresar una forma de la presencia de Dios y su acción transformadora (Thomas Keating, *Intimacy with God*, p. 57).

La oración mental es o ciertamente debería ser una actividad muy personal. Numerosos Hermanos encuentran, a fuerza de probar, modos de orar que consideran útiles. Pero frecuentemente descubren que tienen que revisar sus métodos después de un período de tiempo. Cada vez más Hermanos hacen hoy retiros dirigidos, después de los cuales se deciden a tener una dirección espiritual regular. Los que encuentran directores espirituales que son verdaderamente competentes reciben considerable ayuda en su vida de oración.

## Un “método” de oración

Concluyo esta sección con una descripción de un “método” de oración que puede ser útil a algunos como punto de partida en el desarrollo de sus propios experiencias personales:

1) Empezar recordando que no somos nosotros los que vivimos, sino que es Cristo quien vive en nosotros; o recordando la presencia de Cristo en la Eucaristía o....



2) Hacer actos de fe y adoración breves que expresen al mismo tiempo la **atención** y la **intención**.

3) Considerar brevemente algún texto o pasaje de la Escritura relacionado con las fiestas litúrgicas u otro asunto pertinente.

N.B. Estos pasos preliminares pueden realizarse al levantarnos, en cualquier momento antes de la oración, o al empezar la misma oración mental.

4) Hacer un “acto” corto, inspirado en un texto o pasaje de la Escritura, al que se incorporan sentimientos de fe, adoración, acción de gracias, arrepentimiento.

5) “Descender” a lo “profundo” o al “centro” de nuestro ser; permaneciendo en silencio en unión con Cristo en una actitud de **SI** al Padre y apertura al Espíritu.

6) Usar de tiempo en tiempo un “grupo de palabras cariñosas” o simplemente una “palabra oración” para expresar la **intención** de abrirse a la presencia de Dios y a su acción transformadora.

Podemos estar seguros de que estamos rezando bien “cuando sale uno de la oración con nuevo deseo de cumplir las propias obligaciones, por amor de Dios y por darle gusto” (*BAC, Explicación del Método de Oración*, p. 275).

---

Es interesante observar que en un creciente número de iniciativas, ciertas comunidades deciden libremente fijar un tiempo para hacer juntos la meditación. Otras comunidades invitan a los Hermanos a juntarse para la oración mental antes de la oración comunitaria de la mañana. Hay Hermanos que encuentran ánimo y fuerza con la presencia de otros Hermanos en la oración mental. Apoyo fuertemente este movimiento, con tal que, sin embargo, se respete a los Hermanos que prefieren hacer su oración mental en privado.

## 6. Oración Comunitaria

“El carácter que distingue a la Comunidad de los Hermanos es ser comunidad de fe en la que se comparte la experiencia de Dios”. Según esto, “la comunidad de los Hermanos es comunidad de oración”. “Los Hermanos rezan juntos; juntos escuchan la palabra de Dios; juntos se reconocen pecadores ante Dios y participan en la Eucaristía. Juntos buscan a Dios y se encuentran con El” (*Regla*, 48, 50).

Creo que es importante insistir en que la oración comunitaria es la oración de la Comunidad de los Hermanos. La comunidad **como tal** está en oración. La oración comunitaria no es una actividad en la cual los Hermanos rezan “juntos individualmente”. Tampoco es, en otras palabras, una actividad propuesta para permitir a los Hermanos cumplir con sus obligaciones personales de orar.

Hago este comentario porque una expresión que se oyó frecuentemente hace veinte años se sigue oyendo de vez en cuando hoy: "Estoy a menudo ausente de la oración y de la Eucaristía, pero no es problema porque rezo en privado." Por el contrario. Hay un problema significativo. Si miembros de la comunidad se ausentan porque prefieren rezar en privado, la comunidad como tal no puede funcionar como una comunidad de oración.

### **Mutuos derechos y deberes**

Este tema es importante porque afecta a los mutuos derechos y mutuos deberes que todos tenemos como miembros del Instituto de los Hermanos de Las Escuelas Cristianas. Como la *Declaración* dice muy incisivamente,

"El Instituto se convierte así en instrumento de la consagración religiosa de sus miembros ... en el diálogo incesante entre el Señor que llama y el hombre que contesta, el Instituto desempeña un papel esencial: si el Hermano viene a la vida religiosa para buscar a Dios y trabajar por su Reino, espera de la Congregación que le ayude en esta busca y servicio. El Instituto debe, pues, utilizar todos los recursos con que cuenta para ayudar a cada Hermano en su proceso personal de perfección.... Según eso, las Reglas y las estructuras no han de ordenarse a su propia conservación, ya que tienen como fin servir a las personas....

Cada Hermano, a su vez, preocúpese del bien común, respetando esas Reglas y estructuras, persuadido de que son Reglas exigidas a su vez por la vida religiosa" (*Decl.* 19).

En el Instituto hay compromisos mutuos: el individuo tiene obligaciones con el Instituto y el Instituto tiene obligaciones con el individuo. Estos mutuos derechos y deberes están expresados claramente en la *Regla*. Cada uno de nosotros, por ejemplo, tiene derecho a las estructuras para las oraciones comunitarias establecidas y cada uno de nosotros tiene el deber de mantener estas estructuras para que los derechos de cada Hermano sean respetados. Obviamente, cuando cada Hermano está cumpliendo sus obligaciones para mantener las actividades comunitarias, entonces los derechos de todos son respetados.

De acuerdo con esto, todos debemos colaborar con los miembros de nuestra comunidad para la creación de estructuras de oración que estén de acuerdo con las orientaciones del Instituto:

"De ordinario los Hermanos ofrecen a Dios por lo menos, dos horas diarias entre oración mental, Eucaristía, oración comunitaria, lectura espiritual, y oración personal. (73) ... Los Hermanos se congregan al menos por la mañana y por la tarde para celebrar la Liturgia de las Horas ... ( u otras) formas de oración. (71). Los Hermanos regulan el orden, la hora y el ritmo de sus

diversos encuentros de oración... Luego llevan a la práctica lo que han decidido.” (73a).

He subrayado el concepto de “deber”, pero en un particular contexto: nuestra obligación de respetar los derechos de nuestros Hermanos. Pero de ninguna manera he estado haciendo alusión a una “moral impositiva”. Todo lo contrario. Como el Simposio sobre la oración insistió hace unos 15 años, tenemos que desarrollar un “imperativo existencial” para rezar, es decir, un imperativo interno que nos lleve a ser fieles a la oración personal y comunitaria porque estamos convencidos de su función y tenemos que ser fieles, cueste lo que cueste.

Pienso que sufrimos en el pasado una “moral impositiva” que fue muy enfermiza: oración y Eucaristía estuvieron a menudo consideradas como deberes que tenían que ser cumplidos; “directores comprensivos” concedían un “corte” a las oraciones en los días de fiesta, vacaciones, u otras ocasiones. Esta clase de “moral imperativa” teñida de un cierto paternalismo crea actitudes inmaduras hacia la oración comunitaria.

## Participación creativa

Gracias a Dios ha habido un cambio para mejor en estos últimos años. Aunque las situaciones varían considerablemente en el Instituto, es evidente que en muchos de nosotros se desarrolla un “imperativo existencial”. Como

resultado hemos ido dando gran prioridad a la participación creativa en actividades comunitarias. “Gran” prioridad no significa “absoluta” prioridad. Pueden ocurrir y es inevitable que haya razones muy legítimas para las ausencias: conflictos de horario, necesidad de descanso, y otros motivos. Lo importante es que personalmente **queramos** estar presentes, hacer esfuerzos para ello, y sentirnos incómodos cuando no hemos podido estar presentes.

He empleado la expresión “participación creativa”. La presencia física no es, naturalmente, suficiente. Necesitamos contribuir creativamente en la oración de la comunidad con una entusiasta y cordial participación y, quizás, estando de acuerdo en tomar la responsabilidad de presidir la oración de cuando en cuando. Y, por supuesto, para participar con alma en la oración comunitaria, hemos de tener el grado de realismo y ascetismo requeridos para vivir con alegría la diversidad de edades, formación, temperamentos, posición teológica, algunas veces culturas, que caracterizan la vida de comunidad hoy. Debemos colocar nuestro acento más en lo que nos une que en lo que nos separa, y huir de situaciones “dramáticas” consecuencia de pequeñas irritaciones o desacuerdos.

Tenemos que llevar a la oración comunitaria tanto la **atención** como la **intención**: una toma de conciencia de que estamos en la presencia de Dios y un compromiso consciente de la acción de Dios sobre nosotros durante la oración. Las condiciones, por tanto, deben

conducirnos a un sentido de reverencia. La falta de planificación de la oración comunitaria puede ser un obstáculo para el recogimiento. Pero también explicaciones demasiado largas y una exagerada cantidad de hojas, libros, y cantorales. Además, la oración mental se debería caracterizar más por los afectos que por las consideraciones intelectuales; y las expresiones de alabanza, de acción de gracias, de arrepentimiento deberían ser propias de la oración comunitaria.

En la planificación de nuestra oración comunitaria, debemos recordar que una especial devoción a María, Madre de Jesús y de la Iglesia, es un sello de la espiritualidad Lasaliana.

“Los Hermanos honran diariamente a la Santísima Virgen, ya en particular ya en comunidad, con el rezo del rosario o con alguna otra práctica de devoción mariana que se conforme a las orientaciones de la iglesia” (76a).

La *Regla* también nos recuerda que debemos acudir a la intercesión de San José y de nuestros santos y beatos Lasalianos, particularmente en sus días de fiesta.

## **Oración compartida**

Una de las proposiciones sometidas al Papa al final del sínodo sobre la vida consagrada, urgía a los miembros de las comunidades religiosas a comunicarse gustosamente unos a

otros las riquezas que encuentran en la Palabra de Dios. Pienso que todos nosotros hemos reforzado nuestra fe cuando los Hermanos con quienes vivimos nos piden que recemos por intenciones muy queridas y cercanas a sus corazones, comparten con nosotros reflexiones inspiradas en sus lecturas de la palabra de Dios, y rezan en alta voz, permitiéndonos experimentar sus relaciones con el Señor.

Finalmente, Hermanos, necesitamos hacer del artículo 71d una viva realidad; “La Comunidad de los Hermanos quiere ser una comunidad orante, abierta a las personas que desean participar en sus reuniones de oración.”

Tenemos un cierto número de comunidades que son claramente conocidas y apreciadas como “comunidades orantes”. Los Hermanos invitan a maestros, alumnos, padres, vecinos, y otros a unirse a ellos periódicamente en la oración de la mañana o tarde y para la Eucaristía. Estas experiencias hacen posible y eficaz un mutuo y complementario testimonio de fe, esperanza y caridad.

## **7. Eucaristía**

### **“Haced esto en memoria mía”**

En sus propias y extraordinarias tradiciones, los miembros de la familia judía “recuerdan” en celebraciones los maravillosos acontecimientos de la acción de Dios en su historia. Ellos los “recuerdan” tan intensamente que

en cierto modo reviven los eventos y participan en ellos.

Nuestra celebración Eucarística es también una conmemoración: “Haced esto en memoria mía”: “recordamos” la muerte, la resurrección, y la ascensión de Cristo. Aunque nuestra celebración es esencialmente diferente al estar Cristo presente sacramentalmente, hunde con todo sus raíces en la tradición judía. Como los Judíos recuerdan y participan de alguna manera en los acontecimientos del pasado, así nosotros conmemoramos el paso de Cristo de la muerte a la vida y participamos de él.

En esta celebración sacramental del misterio Pascual, nosotros “realmente participamos del cuerpo del Señor” y “entramos en comunión con él y con los demás.... Al comunicar su Espíritu a sus hermanos, que El reunió de todas las naciones, ha hecho de ellos místicamente como su Cuerpo”. (*Lumen Gentium*, 7). Unidos a Jesús con nuestros “brazos abiertos”, expresamos nuestra oración y acción de gracias por todo lo que Dios es, ha hecho y continúa haciendo.

Como Hermanos llamados a hacer de su amorosa y salvadora presencia una auténtica y efectiva presencia real entre los jóvenes, “debemos ser transformados por la luz, la plenitud de la gracia y la posesión del Espíritu de Dios.” (*Med.* 152, 2). En la Eucaristía nos damos totalmente a Dios en unión con Cristo en el momento de su supremo **SI** a su Padre. Con confianza abrimos nuestros brazos a la

acción transformadora del Espíritu, pidiendo que

“nosotros que somos alimentados por su cuerpo y sangre podamos ser llenos de su Santo Espíritu, y llegar a ser un cuerpo, un espíritu en Cristo” (*Oración Eucarística III*).

Nuestra *Regla* determina que “siempre que sea posible” participemos en la celebración de la Eucaristía cada día. Cuando no es posible tener la Misa en la comunidad y cuando las horas de la celebración en la parroquia u otras iglesias o capillas coinciden con nuestros deberes apostólicos, se nos anima a organizar una “celebración centrada en torno a la Eucaristía” (70a). Es importante, no obstante, que al menos de cuando en cuando, los Hermanos celebren la Misa juntos, porque

“allí, en comunión con la muerte y resurrección de Cristo y en la escucha de la Palabra, se realiza comunitariamente la unidad de los corazones en el mismo Espíritu y para la misma misión” (*Regla*, 70).

## CONCLUSION

A través de la historia de la Iglesia algunas personas han experimentado una llamada de Dios para seguir a Cristo con “dedicación exclusiva”: para “estar con él” veinticuatro horas al día, dejar a un lado su familia y la búsqueda de riqueza, e ingresar en una comunidad de personas comprometidas a trabajar juntas en una misión específica. Estas son personas que

encuentran significado y felicidad en responder de todo corazón a esta llamada. Para ellas la vida que han emprendido es "justa". Cristo es para ellas "el" camino para vivir, el "único" camino. Para estas personas la vida a la que han sido llamados es "su hogar".

De nuevo quiero citar estas hermosas palabras de la Hermana Sandra Schneider:

"Los religiosos eligen la vida religiosa, porque en cierta manera deben hacerlo. Como el artista que tiene que pintar o el poeta que tiene que escribir, el religioso tiene que hacer lo que hace, no porque ello tiene sentido, sino porque la vida no tiene sentido para ellos de otro modo."

Es muy difícil, quizás imposible, comunicar esta comprensión de nuestra llamada a otros. Supongo que las personas casadas encontrarán también difícil explicar por qué se decidieron a vivir su vida con una determinada persona en lugar de otra. Pero nuestra dificultad de comunicación es más compleja, porque la decisión que hemos hecho se ha fraguado en la fe. No podemos dar "razones" para explicar la vida que hemos escogido.

Hemos hecho profesión pública de fe en Jesucristo que creemos ha resucitado de entre los muertos y vive como Señor. Creemos tan intensamente que nos hemos dado totalmente a El y a su servicio. Hemos tomado este compromiso no porque tengamos "razones", sino porque nosotros "creemos". Hemos dado

el "salto de la fe" del que escribe Kierkegaard. Como William Johnston, SJ, escribe: "Bienaventurados aquellos que no vieron pero creyeron. Bienaventurados aquellos que no tienen razones pero creen" (*Letters to Contemplatives*, p. 5)

Esto es por lo que el consejo de S.J.B. de La Salle es tan importante:

"Aplicaos también mucho a la oración, en la que os descubrirá Jesús secretos ocultos a la mayoría de los hombres" (*Med.* 88.1).

Fraternalmente en La Salle.



Hno. John Johnston, FSC  
Superior General